

LAS AMAPOLAS

Hay un cuadro de Antonio Carrilero (quien, por cierto, expone estos días en la Galería Cano, de Madrid, por si ustedes quieren verlo) donde se nos aparece un campo ancho de amapolas. Una estampa amapolaza de la meseta, seguramente, un brote de rojos y amarillos jaramago con golpes de blanco. Fragmento fugaz, pienso yo, entre dos sequedades: la del invierno y la del verano. Suele ocurrir en las tierras españolas que o se hielan os e calcinan: la explosión parantesital de una flora que se enciende, que apura hasta los límites del color de la vida de su corta primavera. Un zurriagazo intenso, apresurado, tan lleno de gracia vegetalmente visceral, que parece sorber la tierra.

Yo lo tomo como una lección: la de lanzarse a la existencia de cabeza, allá voy. Reviento, luego existo, ¿no? Bueno, no tanto. Que revienten otros: las amapolas y los jaramagos, por ejemplo. Pero hay, sin embargo, una enseñanza que sin mucho riesgo de infarto podemos sacar de las tierras yermas breve y rabiosamente florecidas: la de no pasar por su lado sin enterarnos. El oficio de espectador interesado, ávido, tiene una cierta nobleza.

O al menos es lo que se me ocurre cuando por la ventanilla del coche, o la del tren, o en el resbalón óptico de la bicicleta, o, como en este caso, en el cuadro de Carrilero, veo un retazo de vivacidad que se me escapa. Algo que dura tan poco, visto y no visto, que a veces pienso que no pararse y mirarlo tiene mucho de pecado contra nosotros mismo y la tierra que aún nos mantiene.

O sea, sin más vueltas a la noria de no decir las cosas como son: que si no nos atrevemos a vivir la vida hasta la ambición de no perdernos, de ella, ni un sólo minuto, por lo menos podemos contemplarla antes de que se nos escape entre las manos.

Pues eso: como las amapolas.

Jesús Hermida